

ANOTACIONES SOBRE LA PASTORAL EDUCATIVA UNIVERSITARIA

*Alberto Parra s.j.**

Ámbito para definir la pastoral universitaria

El debate de las naciones, por ejemplo en la última Asamblea General de la ONU, gira en torno al cumplimiento o incumplimiento posible de las metas del milenio, señaladas para el año 2015. Los retos más apremiantes son la salida de los abismos de la pobreza y el cubrimiento cuantitativo y crecimiento cualitativo de la educación. La educación es un supuesto absoluto de la superación de los índices dramáticos de nuestra pobreza.

Avanzar hacia metas mejores no se posibilita sólo desde lo educativo, sin que puedan ser siquiera pensables naciones desarrolladas, cultas y políticamente adultas sin el crecimiento real del sector educativo. Deriva de ahí la importancia del propósito de AUSJAL de indagar por la cualidad del acompañamiento pastoral que las Universidades de la Compañía deben brindar a la educación, a lo educativo universitario, a la academia como lugar de la ciencia metódica y de la sabiduría humana y cristiana.

Las Universidades de la Compañía o inspiradas en los grandes valores del Evangelio hallan en el Evangelio mismo la exigencia de ser, antes que nada, excelentes en lo educativo: *la primera y fundamental exigencia de la Universidad católica es que sea Universidad*. Pero que en la Universidad, en

* Profesor titular en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, Bogotá.

cuanto ella misma, debe estar vivo y operante el Evangelio, ese es precisamente el resultado de inspirarse de nuestras instituciones en el horizonte de comprensión que procede del Evangelio.

Pero puede comprobarse en nuestras Universidades que lo educativo y sus determinantes académicos proceden al margen de la evangelización, tanto como la evangelización y la pastoral proceden de espaldas a lo universitario y académico, con lo cual la denominada pastoral *universitaria* no logra definirse como tal. Bien pudiera tratarse de pastorales propias de otros ámbitos o de todos los ámbitos, si la pastoral no se especifica y se define por los elementos mismos definitorios, especificativos y propios de la Universidad. Por ahora es fácil verificar que la pastoral que ocurre hoy en el *topos* físico universitario conduce a que educación y evangelización describan líneas paralelas o simplemente yuxtapuestas, sin que se avance en términos de correlación y de articulación.

La correlación y articulación a que se aspira se nombra bajo los dos términos *pastoral* y *universitaria* y tiene por fundamento sólido la distinción de campos, sin mezcla, sin confusión y sin separación (como en aquello del método calcedónico). A la distinción y a la conjunción de planos en el aspecto que aquí interesa se refiere Vaticano II en texto memorable:

Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que le hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología a particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender

bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado a veces entre los propios cristianos; actitudes que, en medio de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en semejante afirmación (Vaticano II, Constitución Gozo y Esperanza 36).

La aspiración a una alta educación científica y metódica *corresponde a la voluntad del Creador* y ahí la pastoral –que fuera en verdad universitaria– tendría que explicitar los implícitos de Evangelio presentes en la constitución y estructura del ordenamiento académico y científico, como para que resultase posible establecer que los grandes propósitos evangelizadores de creación, humanización y sociedad no son otros que los grandes *principios rectores del conocimiento* humano (cfr. Habermas Jürgen, 1986) y que, por esta razón, la ciencia desde ella misma verdaderamente educa y también evangeliza. Tal propósito, al mismo tiempo académico y evangelizador, tendría que ir por cuenta de toda una comunidad académica que asumiera de veras su alta responsabilidad de ser maestros de sentido de la vida y no sólo profesores escuetos de verdades académicas. Entrenar para la pastoral universitaria al cuerpo docente total de la Universidad sería el objetivo primero y el presupuesto fundamental de la pastoral universitaria.

De modo correspondiente, la evangelización en el ámbito de la academia y del conocimiento metódico tendría que inscribirse en el propósito de explicitar las aportaciones inocultables del misterio cristiano y de la gran tradición bíblico-cristiana al destino, misión y quehacer de las áreas de conocimiento científico, a las profesiones y a los oficios.

Una pastoral universitaria que continúe definida por fuera de estas dos correlaciones (de la ciencia hacia el Evangelio y del Evangelio hacia la ciencia) no es pastoral universitaria, por más que se ejerza en el lugar físico universitario; podría tratarse de pastorales sacramentales o familiares o juveniles o de programación de actividades que eventualmente podrían acaecer en la Universidad, como también no acaecer.

A deshacer el equívoco de ciertas pastorales universitarias acude la conciencia misma de la Iglesia cuando formula de modo autorizado aquello

que hoy quiere comprender bajo la denominación grave y señera de evangelización:

Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de inflexión, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que estén en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación” (Anuncio del Evangelio 19).

Así, la pastoral universitaria, tendiente sin rodeo alguno hacia esa forma de evangelización, operaría desde y por los elementos definitorios de la Universidad como plantel educativo en términos de las ciencias, los métodos, el saber, el uso de la razón, la producción y transmisión de la cultura. Es decir, que la pastoral universitaria, en el acto de construir las metas y horizontes de la educación, en ese acto construye al mismo tiempo los horizontes de la evangelización, así como en el acto de evangelizar construye al mismo tiempo los grandes horizontes y metas del Evangelio que la inspira. Una y otro, ciencia y Evangelio, tienden en la Universidad a un solo propósito: la construcción del sujeto que se educa y, por su intermediación, a la construcción de la sociedad.

El movimiento que parte del Evangelio y de la evangelización equivale a ofrecer al acto educativo toda esa forma pedagógica que contiene el acto revelatorio y amoroso de Dios que, que si algo se propone, es precisamente enseñar y educar en las grandes dimensiones humanas, sociales, políticas, económicas, culturales. Pablo entiende la tradición bíblica como una *pedagogía*, precisamente porque aquello que se ha desatado como proceso de manifestación del designio de Dios es una gran dinámica de educar (*e-ducere*) desde los caos primordiales naturales, personales y sociales para que hombres y mujeres de toda condición y cultura lleguemos a la estatura plena, al ser adulto, a la medida de la edad de Cristo. Tal pretexto pedagógico es correlativo con el acto educativo universitario.

De aquí en adelante, fundamentaremos este planteamiento inicial.

Pastoral universitaria en la casa de la ciencia

El acto de educar en perspectiva cristiana en el ámbito universitario es, sin más, el elemento definitorio mismo de la pastoral universitaria. Tal pastoral o acompañamiento cristiano de adolescentes, jóvenes y adultos en estado de formación académica acontece desde los especificativos propios e irrenunciables de la academia.

En primer lugar, en términos de cultivo y de comunicación de la ciencia y del saber metódicos, que no sólo definen al acto educativo escolar en sí mismo –tanto como a la Universidad de las ciencias– sino que resulta ser el supremo interés y finalidad de las personas que acuden al plantel educativo universitario. Bien puede suceder que la Universidad comprenda también elementos integradores de su amplia vocación formativa (actividades para-académicas, deportivas, litúrgicas, asistenciales) sin que en ningún caso tales elementos, por importantes que se los considere, puedan definir la academia como academia, el plantel educativo como tal o la Universidad de las ciencias en su ser y en aquello irrenunciable de su misión propia.

Desde los días de Platón en su *academia* y de Aristóteles en su *liceo* aquello que compete a la academia es el cultivo y transmisión de la ciencia para la formación de la inteligencia y de la conciencia científica, crítica, analítica y sistemática, diferenciada de la conciencia ingenua o de las zonas aceptables pero insuficientes del simple sentido común. Y que *las ciencias se especifican por su método y por él se definen*, es comprobación cierta en la antigüedad, tanto como en la edad media y en nuestros días. Cuando la academia medieval surja como *universitas scientiarum*, entonces la Universidad será con entera propiedad *domus scientiarum*, casa de las ciencias, cultivadas (*collere, cultum*) y transmitidas por maestros y por discípulos.

La diversidad de los métodos que son especificativos de las ciencias hizo posible en la antigüedad griega establecer ciencias diferenciadas, precisamente por los métodos, como la física, la metafísica, la lógica, la ética y la política, todas ellas entretrejidas en el único propósito del conocimiento humano, en el que más resplandecen los rasgos de lo divino. Y si cada época de la humanidad ha construido su propia teoría del conocimiento científico y su propio estatuto de las ciencias, en nuestros días ha venido a ser de común aceptación la teoría científica que se establece a partir de los intereses en cuanto *principios retores del conocimiento*, en términos de *adaptación* propio de las ciencias naturales, de *comunicación* propio de las ciencias humanas y de *emancipación* propio de las ciencias sociales (cfr. Habermas Jürgen 1986).

Estas ciencias y disciplinas fundamentan y conforman hoy el criterio de división del conocimiento en áreas y asignaturas y universitariamente en divisiones, escuelas y facultades, con lo que se muestra el grado de suma responsabilidad con que se asume el conocimiento científico, en forma tal que las especializaciones y súper-especializaciones hayan llegado a ser un imperativo ante el ingente desarrollo del conocimiento científico.

Ahora bien, en este marco científico se define la pastoral universitaria. Las ciencias metódicas y disciplinas académicas cuyo supremo interés es adaptativo y técnico responden a la vocación humana de acondicionar el planeta para casa de la especie mediante desarrollos físicos, químicos y biológicos –ciencias bióticas y abióticas– constituyendo tales ciencias el factor radicalmente determinante para la defensa y desarrollo del gran potencial ofrecido por la naturaleza. Se sigue de ahí la fascinante vocación humana –y cristiana– de aquellos que por idoneidad, capacitación y misión realizan el cometido propio de las disciplinas de orden natural, tales como la física y la química, la matemática en su amplia extensión, la biología y la agronomía, las ingenierías y arquitectura, la planificación urbana, las ciencias del mar y la geología. Se trata de vocaciones humanas de tal entidad y significación, que quienes las cultivan y ejercen ponen sus existencias al servicio de las más altas metas de la humanidad desde los días de la civilización de la piedra, de la rueda y del bronce, hasta la civilización de la informática, de la cibernética y de la telemática.

La pastoral universitaria explícita, cultiva y acompaña tales valores y tales sentidos y, más allá de inmediateces litúrgicos o sacramentales, propende por la construcción de los sentidos, reclamados con máxima urgencia por toda una humanidad mundial encorvada bajo el peso de las verdades científicas, pero carente del sentido de lo que es y de lo que hace. Así la pastoral universitaria, es decir, el acompañamiento cristiano de las generaciones que se hallan en estado de formación científica y profesional, ofrecerían a la verdad académica todo su sentido y asegurarían al sentido humano y cristiano toda su fascinante verdad. La dramática situación universitaria de verdades sin sentido y de sentidos sin verdad es resultado directo de la desarticulación o apenas periférica yuxtaposición entre una zona académica que sólo cultiva y trasmite verdades y otra instancia pastoral que sólo construye supuestos sentidos “*religiosos*” inconexos de las verdades y realidades a partir de cuyo inquirir y preguntar pueden ser levantados los genuinos sentidos.

El extrínsecismo pastoral que por ahora padecemos en la Universidad tiene sus raíces en la inveterada concepción que funda el acto revelatorio

de Dios en términos de verdades nocionales que deben ser captadas por el entendimiento humano, más allá de lo cual apenas si sigue consecuencia alguna. Para transmitir esos conocimientos, la usual pastoral universitaria diseña oferta de contenidos catequísticos o dogmáticos que, como es obvio, pueden operar con prescindencia de vínculos conectores y articuladores con la verdad científica académica y universitaria. La estimación que el mundo universitario asigna a esos cuerpos de doctrina corresponde de modo directo a la pertinencia respecto a las carreras y a la no percepción de sentido personal, comunitario, vital.

La pastoral universitaria está solicitada, en cambio, a reclamarse a la gran tradición bíblico cristiana, para la cual el acto expresivo y comunicativo de Dios opera en el suceder del mundo creado y en el suceder de la historia (Vaticano II, Constitución Gozo y Esperanza, 2), posiblemente en modo muy cercano a la captación y expresión de Ignacio de Loyola: “Mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando a entender, y así en mí dándome ser, animando, sensando y dándome a entender; así mismo haciendo templo de mí, seyendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad” (Ejercicios, 235).

Así, en la hondura de la tradición bíblica el acto fundante del proceso adaptativo desemboca en la lectura creyente del origen del ser a partir del caos primordial en términos de creación de la vida, del mundo, del ser abiótico y del ente biótico y noético en una teología de la creación que constituye el fondo del símbolo de la fe con que confesamos a *Dios Padre creador del cielo y de la tierra*. La tradición cristiana, a su vez, relea la obra adaptativa de Dios y del ser humano sobre la tierra en términos de creación en Cristo, por Cristo y para Cristo, si es verdad que el mundo fue hecho por la Palabra, por el Verbo creador y para gloria y esplendor suyo. Entrar, por eso, en la creación continuada y en el proceso adaptativo desde las ciencias naturales ofrece todo el sentido cristiano a los procedimientos científicos de quienes se educan en estos propósitos del conocer para adaptar.

Otro tanto puede decirse desde el ámbito de la comunicación, que es el otro principio rector del conocimiento que define el horizonte y los intereses propios de las ciencias humanas. El gran propósito de esta esfera del conocimiento es la construcción y dignificación de las personas a partir de su individualidad subjetiva hasta las esferas de la intersubjetividad comunicativa. El medio es el símbolo en su amplio espectro y la cultura en su amplia significación. Tienen ahí puesto todas las artes pictóricas y escultóricas, la

música, la literatura, la historia y la antropología, la filosofía y la teología, las lenguas y todos los sistemas de representación, de significación y de simbolización con que los humanos avanzamos hacia la comunicación desde los días de las primeras representaciones rupestres hasta los más altas cimas culturales a las que estamos convocados.

Quienes en la Universidad de la ciencia transitan semejantes caminos construyen el ser identitario de los pueblos y el ser de las personas, creadas a imagen y semejanza de Dios que es comunicación de sí, palabra de sí y expresión de sí por intermediación del fenómeno comunicativo humano. Servir a la comunicación entre humanos es levantar el ser personal y social a imagen y semejanza del Dios palabra y comunicación, y la pastoral educativa debe trabajar para ofrecer esos sentidos de convergencia entre los actos disciplinares académicos y el propósito comunicativo expresado en los lenguajes cristianos de salvación.

De no ser así, no podría explicarse la correlación indisoluble alcanzada en Occidente entre la fe cristiana y las ciencias humanas en todas sus manifestaciones. Porque ha sido el sentido de la fe el que ha posibilitado el desarrollo y la historia luminosa de la arquitectura, de la música, de la escultura, de la pintura, de la literatura, de la filosofía y de la historia, de la religión y de su expresión teológica. Esas visiones y esos sentidos son los que se explicitan y se construyen desde la auténtica pastoral universitaria, no para bautizar las artes y las ciencias ni para ensombrecer su entidad secular, sino para explicitar la razón de su consistencia autónoma y el horizonte de su convergencia con el propósito salvador comunicativo entre humanos.

En la tercera vertiente de la teoría general de las ciencias desde los intereses rectores del conocimiento se sitúan las ciencias sociales que propenden, desde el interés emancipador, por la construcción de una sociedad que se vea libre, en lo posible, de la dominación, de la explotación y de la subyugación que ejercen de modo permanente los déspotas en el orden político, los explotadores en el económico y los neocolonizadores que subyugan en el orden cultural. Las ciencias sociales son liberadoras de todo poder abusivo.

Así, la política en su más noble sentido es el nuevo nombre de la caridad. El derecho y la construcción de los instrumentales jurídicos que puedan garantizar el respeto de los derechos humanos, de la justicia y de la paz social se yerguen como la más noble y urgente tarea. Los nuevos diseños de economía y sociedad que ofrezcan mayor posibilidad de vida buena, digna y justa para todos es un clamor universal. Por eso, una pastoral inscrita en

el corazón de la academia propende por enlazar semejante propósito de lo social con la hondura social del Evangelio y de las corrientes proféticas, cuya médula espinal es la proclamación del derecho y de la justicia para todos, en especial para el débil, el huérfano y la viuda. Nunca como hoy fue más necesaria la dimensión política y social de la fe y la dimensión de fe cristiana de lo político, de lo económico y de lo social.

Pastoral universitaria en el templo de la sabiduría

La era postmoderna de la humanidad se ha inaugurado con la crítica de la razón moderna, sea en la vertiente de la *Crítica de la Razón Instrumental* de Horkheimer (1973), sea en la vertiente de la *Crítica de la Razón Funcionalista* de Habermas (1987), pero sobretudo en la vertiente del Informe sobre el Saber, que es el segundo título de *La Condición Postmoderna* de Lyotard (1994). El informe lyotardiano muestra con incisión que la razón moderna entronizó de tal modo los lenguajes y métodos de la ciencia, que se sustrajo con desdén a los lenguajes de sabiduría, a la tradición, a la cultura, a la lógica de la razón simbólica. Y ello con un balance universal deficitario de sabiduría en sociedades ilustradas, altamente tecnificadas y desarrolladas. Aquello que no fue razón ilustrada fue tenido como mito, ensoñación y quimera.

Es que la ciencia exige del conocimiento explicación e intelección de los objetos (*erklären*); en tanto que los discursos de sabiduría son espacio vital para la comprensión de los sujetos (*verstehen*) en situación, abiertos y referidos en su preguntar a textos de tradición y ello para animar de modo constante los grandes pretextos éticos de liberación y de justicia, de fraternidad y de consensos, de progreso sostenible y de la paz estable.

Por eso, si la ciencia se legitima desde la eficacia productora o reproductora del mundo del objeto, el saber se legitima desde la construcción del mundo del sujeto. Más todavía es la sabiduría constructora de sujetos la que, en realidad, legitima cuanto los sujetos debemos conocer y practicar en los ámbitos científicos. La no legitimación de la ciencia por la sabiduría deja a la ciencia en el callejón sin salida de legitimar la ciencia por la ciencia, la economía por la economía, la política por sí misma o por principios de auto-ridad que se arrogan la determinación de aquello que los sujetos debemos ser, pensar y hacer. De ahí que la hegemonía de los grandes relatos que pretendan legitimarse por sí mismos toque a su fin.

En efecto, la diferencia que va entre la verdad y el sentido es, en modo proporcional, la diferencia que va entre los lenguajes de la ciencia y los lenguajes de sabiduría. Pero lejos de contraponerse a la verdad, el sentido es el que puede hacer razonable y legítima la verdad. Y lejos de contraponerse al sentido, la verdad tiene urgencia de él para que el mundo técnico y científico no perezca en el sin-sentido, en los tecnicismos y cientismos que no auguran una humanidad sostenible. Pero sin ser contradictorios, verdad no es sentido ni ciencia es saber:

El saber no se reduce a la ciencia, ni siquiera al conocimiento. El conocimiento sería el conjunto de los enunciados que denotan o describen objetos. La ciencia sería un subconjunto de conocimiento. Pero con el término saber no comprende solamente, ni mucho menos, un conjunto de enunciados denotativos, se mezclan en él las ideas de saber-hacer, de saber-vivir, de saber-oír, etc (Lyotard, 1994, 95).

El juego del lenguaje científico se dirige a la observación y manipulación de los objetos para establecer la verdad de los mismos por medios probativos, comprobativos, enunciativos, denotativos, argumentativos, demostrativos que impidan la irracionalidad y el error. A ese juego de lenguaje debe la humanidad la salida de la ignorancia y de la quimera hacia el reino de la filosofía, de la ciencia, de la verdad probada y comprobada, sin que ningún intento de postmodernidad mal entendida vaya a significar borrar semejante avance de la humanidad hacia su mayoría de edad y hacia la consolidación de su civilidad y de su progreso.

Pero el juego de los lenguajes de sabiduría se dirige, en cambio, a la construcción de los sujetos y a la dación de sentido de los sujetos mismos y de sus mismas producciones científicas y técnicas por medios parabólicos y mitológicos, evocativos y comparativos, poéticos y prolépticos, aproximativos e inspiradores que impidan el sin-sentido y la inhumanidad. A ese juego de lenguaje debe la humanidad la salida de los cientismos y de los tecnicismos, de los pruritos eternos de verdad objetiva, de certeza racional y demostración apodíctica, sin que en adelante pueda volver a suceder que un intento de modernidad mal entendida vaya a significar borrar de nuestras vidas el arte y la cultura, la expresión y la simbolización, la trascendencia y la inspiración, el rito, el mito y la religión. La ensoñación y aun la mística en los estadios deportivos universales, la gran industria cinematográfica al servicio de lo apenas posible o de lo imaginario, los medios de comunicación como intercambio de signos y de símbolos son todos comprobación fehaciente de la

capacidad espiritual de la humanidad que pervive imborrable en los imperios de la razón moderna.

Nunca necesitamos tanto la distinción irreducible de los juegos de lenguaje y actos de habla que viene poniéndose tan de presente desde el último Wittgenstein hasta Habermas y Lyotard. Y nunca fue tan clara la conciencia de las imprescindibles aportaciones de la sabiduría y de los lenguajes metafóricos, prolépticos, rituales y religiosos a la genuina liberación de los sujetos y de los pueblos hacia su plena mayoría de edad. Lejos de ser propios de sujetos y de conciencias primitivas, los lenguajes de sabiduría son la gran reserva de humanidad de este planeta, no sólo allí en el Asia mística o en el África misteriosa, sino también aquí en la América mitológica y sapiencial y, sobre todo en el gran Occidente, encorvado bajo el yugo de la ciencia y de la técnica, acaso víctima primera de su propio invento.

Así la pastoral universitaria, anclada a profundidad en los fundamentos mismos de la ciencia, exige hoy estar presente como factor indispensable de sabiduría, de modo que los profesores y enseñantes, más allá del estrecho horizonte de una asignatura académica, sean maestros de vida y dadores de sentido en los términos que ejemplifica Lyotard y que constituyen, en verdad, esos que Edgar Morin llama los *saberes indispensables para la educación del futuro*.

Saber-ser, por ejemplo, equivale a determinar en la academia y en la casa de la sabiduría el modelo antropológico al que se quiere estar referido y en el que se propone todo el acto y el proceso educativo universitario. *Saber-leer* remite a la capacidad inducida de sensibilidad lectora del gran símbolo social y de la compleja realidad en que desarrollamos nuestras vidas. *Saber-ser-en-comunidad* indica la superación de todos los solipsismos, individualismos y masificaciones a que es proclive la misma universidad. Y esos saberes constituyen, sin duda, el nervio mismo de la tradición sapiencial hebrea y cristiana en la que se inspiran nuestras universidades. La pastoral educativa sirve, explícita y anima desde la academia misma los altos valores y sentidos en que se fundamentan los idearios y proyectos educativos de nuestros planteles de inspiración cristiana.

Conclusión

El estatuto actual de ciencia y de sabiduría exige redefinir para reconstruir aquello que hemos venido entendiendo de modo tradicional (tradicionalista) por pastoral universitaria. No todo lo pastoral que ocurra en

la universidad es pastoral universitaria. Se impone, en verdad un cambio de mentalidad.

Con este cambio de mentalidad, del que podrían citarse buenos ejemplos y que ha tenido una amplia eficacia, surge la imagen de un compromiso religioso que rompe la convencionalidad e interioridad de una religiosidad puramente privada. Con una comprensión no dogmática de la trascendencia y de la fe, este compromiso toma en serio metas intramundanas de emancipación social y dignidad humana y en un espacio de múltiples voces se asocia con otras fuerzas que aspiran a una democratización de tipo radical. Sobre el trasfondo de una praxis a la que nadie negará su respeto, nos encontramos con una teología crítica que explica la autocomprensión de esa praxis de una manera que ayuda a expresarse a nuestras mejores intuiciones morales, sin romper los puentes con el lenguaje secular y con la cultura secular.

Hoy las comunidades eclesiales de interpretación compiten con otras comunidades de interpretación que tienen sus raíces en tradiciones sólo seculares. También, vistas las cosas desde fuera, podría resultar que las tradiciones monoteístas dispusiesen de un lenguaje con un potencial semántico todavía no amortizado que, en lo que respecta a fuerza abridora de mundo y a fuerza formadora de identidad, a capacidad de renovación, a capacidad de diferenciaciones y alcance, pudiera revelarse superior” (Habermas, 2001, 90-92).

Bibliografía

Concilio Vaticano II, *Constituciones, decretos, declaraciones*. Ediciones BAC, Madrid, 1968.

Habermas Jürgen, “Conocimiento e interés” en *Ciencia y técnica como ideología*, Editorial Tecnos, Madrid, 1986.

Habermas Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa I y II*, Ediciones Taurus, Madrid, 1987.

Habermas Jürgen, *Israel o Atenas*, Editorial Trotta, Madrid, 2001.

Horkheimer Max, *Crítica de la razón instrumental*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1973.

Loyola Ignacio de, *Ejercicios Espirituales*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1968.

Lyotard Jean-Francois, *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1994.

Morin Edgar, *Los siete saberes indispensables para la educación del futuro*, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1996.

Pablo VI, *Anuncio del Evangelio*, Ediciones Paulinas, Bogotá, 1976.

Nota: El texto corresponde a una ponencia realizada por el P. Alberto Parra s.j., en la VIII Reunión del Sector de Pastoral - AUSJAL, en la Pontificia Universidad Javeriana - Cali. Del Julio 20 a 23 de 2005.